

Eileen Chang

Un amor que destruye
ciudades

seguida de Bloqueados

Traducción del chino de Anne-Hélène Suárez y Qu Xianghong

Primera edición, 2016

Título original: *Qing cheng zhi lian / Fengsuo*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1943, 1944, by Eileen Chang.

Originally Published in Chinese by Crown Publishing Company, Ltd., Taiwan.
All Rights Reserved.

© de la traducción, Anne-Hélène Suárez y Qu Xianghong, 2016

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-70-2

Depósito legal: B. 11.270-2016

Impreso por Liberdúplex S.L.U.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11,5.

Índice

UN AMOR QUE DESTRUYE CIUDADES	9
BLOQUEADOS	91

Un amor que destruye ciudades

En Shanghai, para «ahorrar con luz natural», como se suele decir, todos los relojes se adelantaron una hora, salvo en la mansión de los Bai.

—Nuestros relojes son antiguos —decían.

Sus diez eran las once de todos los demás. Su canto, desacompasado, no seguía el tempo del *huqin** de la vida.

Al vaivén del arco, lanzando su chirriante lamento en la noche de diez mil luces, un *huqin* contaba una historia interminable y melancólica; pero mejor no entrar en ella... Su historia debería haberla interpretado algún actor espléndido, con dos alas de colorete perfilando la blancura nívea de su nariz, cantando, ocultándose la boca con la manga al sonreír... Allí, sin embargo, no había nadie más que el Cuarto Señor Bai, sentado en la oscuridad de un balcón ruinoso, tocando el *huqin*.

* El *huqin* (pronunciado *juchin*) es un violín de dos cuerdas muy habitual en la música tradicional china, particularmente en las óperas. (N. de las T.)

Mientras tocaba, sonó el timbre en la planta baja, algo muy inusual en la residencia de los Bai. Uno no salía de noche a hacer visitas, al menos no según las normas tradicionales; si alguien venía a esas horas podía deberse a algo completamente inesperado, como la llegada de un telegrama; sería una emergencia o, más probablemente, una muerte.

El Cuarto Señor aguzó el oído. Oyó a su esposa —la Cuarta Cuñada—, a su hermano —el Tercer Señor— y a la mujer de este —la Tercera Cuñada— subir por la escalera, hablando a voces todos a la vez, tan deprisa que no se entendía lo que decían. En la sala que daba al balcón se encontraban las Señoritas Sexta, Séptima y Octava, además de los hijos de los Señores Tercero y Cuarto, todos ellos sentados, con el semblante alarmado. Desde el balcón a oscuras, el Cuarto Señor veía con nitidez la estancia iluminada. Se abrió la puerta y apareció el Tercer Señor en camiseta y pantalones cortos. Plantado en el umbral, con las piernas bien abiertas, se golpeaba la parte trasera de los muslos con un paipái para espantar los mosquitos.

—¿A que no sabes qué ha pasado, Cuarto? —preguntó a voces a su hermano desde la puerta—. ¡Parece ser que el tipo de quien se divorció nuestra Sexta Hermana ha muerto de pulmonía!

El Cuarto Señor dejó el *huqin* y entró en la sala.

—¿Quién ha dado la noticia? —preguntó.

—La señora Xu —dijo el Tercer Señor antes de volverse hacia su esposa para echarla agitando su abanico—. ¿Qué haces siguiéndome y metiéndote donde

no te llaman? ¡La señora Xu está abajo, con lo corpulenta que está no va a subir escaleras! ¡Ve ahora mismo a hacerle compañía!

La Tercera Cuñada se fue.

—El muerto ese... —dijo el Cuarto Señor, pensativo—. ¿No era pariente de la señora Xu?

—Ya lo creo —respondió el Tercer Señor—. Se diría que la familia la ha mandado expresamente a ella para darnos la noticia, con alguna intención, por supuesto.

—¿No será que quieren que la Sexta Hermana vaya allí corriendo a ponerse de luto? —aventuró el Cuarto Señor.

El Tercer Señor se rascó la cabeza con el mango del paipái.

—Bueno, de acuerdo con las reglas, eso sería lo correcto...

Ambos lanzaron una mirada a su hermana Bai Liusu, la Sexta Señorita. Sentada en un rincón de la habitación, la joven bordaba con pausado esmero unas zapatillas. El apresurado diálogo de sus hermanos parecía no haberle dado la menor ocasión de intervenir.

—¿Que vaya a hacer de viuda estando divorciada de él? —dijo con frialdad—. La gente se moriría de risa.

Aparentemente imperturbable, siguió bordando, pero las palmas de las manos se le humedecieron de sudor frío. La aguja se le atascó en la labor y fue incapaz de volver a sacarla de la tela.

—Sexta Hermana, esa no es manera de hablar —dijo el Tercer Señor—. En su momento, se portó mal

contigo en muchas cosas, eso lo sabemos todos. Pero, ahora que ya está muerto, no vas a ser rencorosa, ¿verdad? Las dos concubinas que deja no querrán guardar luto, por supuesto. Si vuelves ahora con la cabeza bien alta a llevar luto y ocuparte del funeral, ¿quién va a reírse de ti? Aunque no le diste hijos, tiene sobrinos a patadas, puedes elegir el que más te guste y adoptarlo para continuar el linaje. Es cierto que casi no les quedan bienes, pero son un gran clan; incluso si solo os asignaran la custodia del templo ancestral, tú y tu hijastro no os moriríais de hambre.

—Estás en todo, Tercer Hermano —dijo Bai Liusu con una sonrisa sarcástica—. Lástima que llegues tarde. Llevo siete u ocho años divorciada. Según tú, ¿qué son todos esos trámites judiciales, amuletos de charlatán? Con la ley no se bromea.

—No andes amenazando con la ley todo el rato —dijo el Tercer Señor—. La ley hoy dice una cosa y mañana otra. De lo que se trata es de los principios naturales que rigen las relaciones humanas, de las tres guías cardinales y las cinco virtudes constantes,* ¡eso sí que no cambia! Pertenece a los Xu mientras vivas, e incluso cuando mueras, tu alma les pertenecerá también: por alto que sea el árbol, sus hojas acaban cayendo y regresando a la raíz.

Liusu se puso de pie.

—¿Por qué no me dijiste todo esto en su momento?

* Según el código ético tradicional chino, el soberano guía al súbdito, el padre guía al hijo y el marido guía a la esposa según las cinco virtudes (humanidad, justicia, decoro, sabiduría y fidelidad a la palabra dada). (*N. de las T.*)

—Temía que pensaras mal de nosotros y creyeras que no estábamos dispuestos a readmitirte en casa —contestó el Tercer Señor.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿ahora ya no temes que piense mal? Ahora que te has gastado todo mi dinero, ¿ya no te importa lo que piense?

—¿Que yo me he gastado tu dinero? —preguntó el Tercer Señor acercando su rostro al de ella—. ¿Cuántas miserables monedas habré gastado? Vives en nuestra casa, todo lo que comes y bebes sale de nuestros bolsillos. Antes, todavía: una boca más solo significaba un par de palillos más en la mesa. Pero ahora... ¿por qué no vas a informarte sobre el precio del arroz? ¡Que conste que yo no he mencionado el dinero, has tenido que sacar tú el tema!

La Cuarta Cuñada, de pie detrás del Tercer Señor, soltó una risita.

—En principio, no habría que tratar cuestiones de dinero entre parientes. En cuanto sale el tema, ¡es el cuento de nunca acabar! Ya se lo dije yo a mi marido hace tiempo, le dije: «Mira, Cuarto, a ver si convences al Tercer Señor: cuando invirtáis en oro o acciones, que no sea con dinero de la Sexta Cuñada, ¡os traerá mala suerte! Tan pronto como se casó, su marido se convirtió en un derrochador. Luego regresó aquí, y ya se ve cómo vamos: rumbo a la ruina: ¡es gafe de nacimiento!».

—La Cuarta Cuñada tiene razón —dijo el Tercer Señor—. Si no le hubiéramos permitido participar en las inversiones, ¡nunca habríamos llegado a esta situación!

Liusu se estremeció de rabia y se llevó las manos con las zapatillas medio bordadas a la barbilla, que le temblaba de tal forma que parecía a punto de descajarse.

—Recuerdo cómo volviste a casa llorando, por aquel entonces, montando todo un escándalo porque querías divorciarte —prosiguió el Tercer Señor—. La culpa fue mía: soy un hombre como es debido, y no pude soportar ver cómo te había dejado después de aquella paliza, así que me levanté, me di una palmada en el pecho y dije: «¡Está bien! Puede que yo, el tercer hijo de los Bai, sea pobre, pero en mi casa nunca faltará un cuenco de arroz para mi hermana». En ese momento pensaba: ¿qué pareja joven no se pelea?, no era para tanto. Unos pocos años aquí con nosotros y cambiarías de idea. Si hubiera sabido que os ibais a separar de verdad, ¿crees que te habría ayudado en el divorcio? Romper un matrimonio implica no tener descendencia. ¡Al menos yo, Bai el Tercero, soy un hombre con hijos, y cuento con ellos para cuidar de mí cuando sea viejo!

Liusu había llegado a tal extremo de furia que se echó a reír.

—Muy bien, muy bien, todo es culpa mía. Os habéis empobrecido por alimentarme a mí. Habéis perdido vuestro capital porque os he arrastrado en mi infortunio. Y si un día se os muere un hijo, también será culpa mía, ¡castigo del cielo por haberme ayudado!

La Cuarta Cuñada agarró a su hijo por el cuello de la camisa y, así cogido, arremetió con él contra Liusu.

—¡Y ahora maldices a los niños, víbora! —vociferó—. ¡Tras lo que acabas de decir, si mi hijo muere, te las verás conmigo!

Liusu se apresuró a esquivarlos.

—Hermano, mira... mira... —dijo agarrando al Cuarto Señor—. ¡Di tú quién tiene razón!

—No te alteres. Di lo que tengas que decir y tomémonos el tiempo necesario para considerar la situación —contestó el Cuarto Señor—. El Tercer Hermano solo quiere ayudarte...

Despechada, Liusu lo soltó y se fue directa a la habitación del fondo.

Allí la luz no estaba encendida. A través de la mosquitera de tul, Liusu vislumbró a su madre en la oscuridad. Estaba tumbada en la gran cama de palisandro y se abanicaba pausadamente con un paipái de seda blanca.

Liusu se acercó a la cama. Sintió que sus piernas perdían fuerza y se dejó caer de rodillas, reclinándose sobre el borde del lecho.

—¡Mamá! —sollozó.

La anciana señora Bai aún tenía buen oído, y estaba al corriente de todo lo que se había dicho en la sala.

Tosió y buscó a tientas junto a su almohada hasta encontrar una pequeña escupidera, donde expectoró antes de comenzar a hablar.

—Tu Cuarta Cuñada es una bocazas, pero tú no puedes rebajarte a su nivel. Cada uno tiene sus propios problemas, ya lo sabes. Tu Cuarta Cuñada siempre ha sido muy dominante. Estaba acostumbrada a llevar la administración de la casa, pero tu Cuarto

Hermano le salió rana: es un jueguista y un tahúr. Además de contraer todas esas enfermedades, sacó dinero de las cuentas de casa. Tu Cuarta Cuñada pasó una gran vergüenza por ello y no tuvo más remedio que dejar a tu Tercera Cuñada al cuidado de la administración familiar. Eso es una humillación que le cuesta asumir y que la tiene mortificada. Y tu Tercera Cuñada no da la talla, ¡mantener esta casa no es tarea fácil! Por eso tienes que ser más comprensiva con ellos.

Liusu se sintió impotente al oír las palabras de su madre, que había pasado completamente por alto sus agravios, y fue incapaz de responder nada. La anciana señora Bai se giró y le dio la espalda.

—Hace dos años —añadió—, aún pudimos juntar a duras penas algo de dinero vendiendo tierras. Eso nos ha dado de comer hasta ahora. Pero se acabó. Soy muy mayor y, cuando llegue mi hora, os tendré que dejar; ya no podré cuidar de vosotros. Toda fiesta tiene un fin. Quedarte a vivir conmigo no es buen plan a largo plazo. En cambio, volver es la opción correcta. Adopta un niño pequeño para criarlo y aguanta unos quince años, que ya levantarás cabeza.

Mientras hablaba, la cortina de la puerta se movió.

—¿Quién es? —preguntó la señora Bai.

La Cuarta Cuñada asomó la cabeza.

—Madre —dijo—, la señora Xu sigue abajo esperando para hablar con usted sobre el casamiento de la Séptima Hermana.

—Ahora me levanto —dijo la señora Bai—. Enciende la luz.

Una vez encendida la lámpara, la Cuarta Cuñada ayudó a la anciana a sentarse en la cama y luego la asistió para vestirse y levantarse.

—¿Ha encontrado la señora Xu al hombre adecuado? —preguntó la madre.

—Según dice, a uno excelente, aunque un poco mayor —contestó la Cuarta Cuñada.

La anciana señora Bai tosió.

—Esta Baoluo ya tiene los veinticuatro cumplidos —dijo—, y es una espina que llevo dentro. ¡Tanto preocuparme por ella, total, para que la gente diga que la descuido a propósito porque no es hija mía!

La Cuarta Cuñada la tomó del brazo y la ayudó a salir a la sala.

—Coge el té del año que tengo guardado y prepara una taza para la señora Xu —dijo la anciana—. El del bote verde es el «Pozo del dragón» que me trajo tu hermana mayor el año pasado. En la lata alta está el «Zarcillo de jade primaveral»,* no te equivoques.

La Cuarta Cuñada asintió.

—¡Que venga alguien a ayudar! —ordenó—. ¡Encended las luces!

Se oyeron pasos en tropel, y entraron unos jóvenes sirvientes que ayudaron a la criada a llevar a la anciana hasta el piso de abajo.

La Cuarta Cuñada se quedó sola en la sala, rebus-

* El *Longjing* («Pozo del dragón») y el *Biluochun* («Zarcillo de jade primaveral») son dos téns verdes de gran reputación en China; el primero, del pueblo de Longjing, en las montañas cercanas a Hangzhou (provincia de Zhejiang); el segundo, de las montañas cercanas al lago Tai (provincia de Jiangsu). (*N. de las T.*)

cando en armarios y baúles para dar con el té de la reserva privada de la anciana.

—¡Séptima Hermana! —exclamó de repente, riéndose—. ¿De dónde sales? ¡Menudo susto me has dado! Justamente me estaba preguntando cómo podía ser que te hubieras esfumado si estabas aquí hace un momento!

—Estaba en el balcón tomando el fresco —dijo Baoluo con voz tenue.

—Eres vergonzosa, ¿eh? —dijo la Cuarta Cuñada con una risita—. Oye una cosa, Séptima Hermana, cuando te cases y vayas a vivir con tus suegros, deberás tener cuidado, no hagas lo que te dé la gana. ¡Ni que fuera fácil divorciarse: quiero divorciarme, pues me divorcio, total, no pasa nada! Si realmente fuese así de fácil, ¿por qué no me iba a haber divorciado yo de tu Cuarto Hermano siendo como es un inútil? Yo también tengo mi propia familia, no es que no tenga adónde ir. Pero todo este tiempo he tenido que pensar en ellos, qué menos; algo de conciencia sí tengo: no puedo vivir de ellos y arrastrarlos a la pobreza, que una tiene su orgullo.

Bai Liusu se había quedado de rodillas junto a la cama de su madre, desolada. Cuando oyó estas palabras, apretó la zapatilla bordada contra su pecho. La aguja que se había quedado atascada en la tela le pinchó en la mano, pero no sintió dolor alguno.

—No puedo seguir viviendo en esta casa por más tiempo, no puedo... —susurró.

Su voz se había vuelto opaca y trémula, como una etérea telaraña de polvo. Le parecía estar soñando,

como si la telaraña le cubriera toda la cara y la cabeza. Se inclinó hacia delante, aturdida, creyendo apoyarse en el regazo de su madre, y rompió a llorar.

—Madre... Madre... —dijo entre sollozos—, ¡por favor, ayúdame!

Pero su madre sonreía impasible, sin decir ni una palabra. Liusu le agarró las piernas, sacudiéndolas con fuerza.

—¡Madre! ¡Madre! —suplicó con voz llorosa.

En su confusión, se vio de niña, con unos diez años de edad. Salían de un teatro cuando la multitud la separó de su familia y se quedó sola en la acera bajo una lluvia torrencial, mirando con los ojos muy abiertos a los transeúntes, que le devolvían la mirada tras las ventanillas chorreantes de los coches y tras una sucesión de informes fanales de vidrio... una infinidad de extraños, todos encerrados en sus propios mundos, tan herméticos que, aunque hubiera golpeado el cristal con la cabeza hasta rompérsela, no habría podido acceder a ellos. Parecía atrapada en una pesadilla. De repente, oyó unos pasos tras ella y supuso que su madre había regresado. Se esforzó en calmarse, sin decir nada. La madre a quien rogaba y la madre que se aproximaba en la realidad eran dos personas completamente diferentes.

La segunda se sentó en la cama, pero al hablar, lo hizo con la voz de la señora Xu.

La señora Xu trató de consolarla.

—Sexta Señorita, no estés triste. Levántate, vamos, con el calor que hace...

Apoyándose en la cama, Liusu se esforzó en ponerse de pie.